



CARPE DIEM

—  
LECCIONES DE VIDA  
CON HORACIO

—  
HARRY EYRES

*Ariel*

Harry Eyres

# Carpe diem

Lecciones de vida  
con Horacio

Traducción de Ana Herrera Ferrer

*Ariel*

## ÍNDICE

Nota sobre las traducciones .....	II
1. Más duradero que el bronce .....	13
2. Volviendo a Horacio.....	21
3. El alma del vino.....	45
4. Entre los hijos de los centuriones .....	71
5. Los eruditos.....	89
6. «Me voy solo».....	101
7. La libertad del poeta .....	117
8. Amor, amistad, terapia .....	127
9. Ratón de ciudad y ratón de campo.....	161
10. Religión, o cómo creer .....	197
11. Carpe diem .....	217
12. Demasiado o suficiente.....	231
13. En el sur .....	243
14. Ah, los años.....	263
Agradecimientos .....	275
Nota a la traducción al español de <i>Carpe diem</i> .....	277

## UNO

### MÁS DURADERO QUE EL BRONCE

UNA VEZ MÁS PASO ESTE PEQUEÑO objeto por la seguridad del aeropuerto, y me pregunto si alguna de las máquinas pitará o no. Probablemente no. Aunque el contenido se describe como «más duradero que el bronce», y en términos de vida media puede rivalizar con cualquier isótopo radiactivo, no hace que se disparen las alarmas modernas. Nuestros sistemas están enfocados hacia teléfonos móviles y ordenadores, bombas en los zapatos o en los reproductores de cintas. Mi objeto está hecho de un metal metafórico, y su poder y capacidad no se puede medir en voltios ni en gigabites.

Es una cosa de color rojo, que mide quince por diez centímetros más o menos. De hecho, se trata de un libro... una antigua edición de la Biblioteca Loeb, que contiene ciento veinte poemas escritos hace dos mil años por el poeta romano Horacio. Ciento tres de esos poemas están dispuestos en cuatro libros de odas (en realidad Horacio usaba la palabra *carmina*, que significa canciones), la obra de la que el poeta estaba más orgulloso, y que pensaba que le garantizaría la inmortalidad.

Colocando ese libro pequeño y maltrecho en la mesa de la cafetería del aeropuerto, y mirando hacia el cielo matutino, muy gris y muy inglés, por encima de las pistas de aterrizaje asfalta-

das, con algunos bosques al fondo, me siento mucho más sujeto y anclado, en un lugar cuya verdadera esencia es la absoluta movilidad. ¿Anclado a qué? A mí mismo, a una cierta profundidad de los sentimientos en mi interior.

Leer este poema en particular, el décimo tercero y último del Libro Tres, en el cual Horacio profetiza que sus odas sobrevivirán a las pirámides, me afecta mucho porque temo echarme a llorar, o traicionar de alguna manera ese tipo de emoción que uno no debe demostrar en las cafeterías de los aeropuertos.

Horacio está haciendo una afirmación bastante desorbitada. Dice que esos poemas suyos son a prueba de tiempo, a prueba de inundaciones y huracanes, o del goteo sistemático de la lluvia y el paso de incontables días, semanas, meses, «la innumerable serie de los años y el volar del tiempo». Lo extraordinario del caso es que tiene razón: escribió sus poemas en el futuro, para el futuro, tanto como para el presente, y siempre serán contemporáneos. Los eruditos que intentan dejar en el pasado a Horacio y a otros autores antiguos que todavía nos hablan, es que han comprendido mal las cosas.

«No todo lo que soy yo morirá; parte de mí escapará de la diosa de la muerte.» Quizá es eso lo que me afecta. Algo que contrarresta el temor a la muerte que asiste a todos los aeropuertos, todos los vuelos hacia lo desconocido. Solo voy a Turín en realidad, pero éste es un lugar de partidas, y en algún momento, pronto, llamarán a mi vuelo; llegará mi turno. Suena el móvil; es mi pareja deseándome un buen vuelo, y recomendándome que beba bastante agua. Ella tiene razón; necesito agua. Pero no solo agua, sino que necesito también a Horacio, que dijo que los que beben agua no escriben poesía que valga la pena leer. Por un momento comparo la frialdad del suave metal del teléfono con el cálido y estropeado libro viejo. En términos de aparen-

te potencia, atractivo, utilidad, seguramente el cachivache resplandeciente sale ganando (aunque no es un teléfono nuevo, ni tampoco un smartphone... cualquier adolescente que se precie lo contemplaría como una antigualla). Me pregunto cuál de los dos objetos tendrá un futuro más largo.

Recuerdo una frase de un artículo del periódico, que recientemente añadí a mi archivo de recortes de prensa, en el cual el historiador Timothy Garton Ash criticaba el tópico desconsiderado de que los polacos son todos antisemitas. Seguía hablando del «lenguaje de los partidos políticos de hoy en día», diciendo que consistía en «cuatro frases prefabricadas y medias verdades simplistas». Tales frases y medias verdades no durarán mucho, seguramente. No están hechas de un material duradero, ya de entrada. Sus cimientos no son hondos. No soportan una relación profunda con la realidad, ni con la emoción auténtica. Cuando nos golpea una gran tormenta o desastre, se rompen en mil pedazos, convertidas en yesca inútil.

Remoloneando por la librería del aeropuerto, vi un libro escrito por el ministro británico liberal-demócrata Vince Cable, titulado *The Storm*. En la cubierta se ve a Cable con aire adecuadamente lúgubre y también profético, ante un fondo de ominosas nubes. Su libro trata de la tormenta económica que apareció sin previo aviso en 2008 y azotó las economías occidentales. Durante unos pocos días o semanas de septiembre y octubre de aquel año, después del hundimiento del banco estadounidense Lehman Brothers, parecía que todo el sistema crediticio que lubricaba el sistema capitalista globalizado estaba paralizado.

Casualmente yo estaba comiendo con un personaje muy importante, uno de aquellos días de octubre, cuando el Royal Bank of Scotland del Reino Unido, el banco más grande del mundo por aquel entonces, casi llegó a quebrar. Si hubiese ocurrido,

no habría salido dinero de los cajeros automáticos, la gente no habría podido pagar la comida y habría habido revueltas en las calles. Mi amigo, un directivo del banco, siguió comiendo animosamente, y hablamos del hispanista inglés Gerald Brenan y de nuestro amor compartido por la cultura española, pero yo veía que él se había puesto pálido y que apenas tocaba la comida. Si alguien como él estaba preocupado, me dije, es que realmente teníamos problemas.

Desde entonces la crisis se ha ido desarrollando y haciendo más profunda, en lugar de desaparecer. Como predijo mi amigo, lo que empezó como crisis financiera se ha convertido en una crisis económica. Cable tenía razón: las nubes tormentosas realmente se estaban acercando. Después de décadas en las cuales la gente afortunada de la tierra sentía que las cosas solo podían mejorar, las condiciones que creó la Gran Depresión de los años treinta, con las terribles consecuencias que todos conocemos, no parecían tan distantes. Y se veían exacerbadas por unos políticos que no parecían haber aprendido nada de la historia, especialmente de las lecciones de John Maynard Keynes. Y como si todo eso no fuera lo bastante malo, esta crisis financiera y económica no hacía más que añadirse a una crisis medioambiental mucho más grave potencialmente, en la cual se veía gravemente amenazada la capacidad de la tierra, los océanos y la atmósfera de absorber la contaminación industrial y sostener las condiciones para una vida tolerable. Había una crisis profunda no solo de economía, sino de valores, nacida del exceso, más que de la penuria. Nacida del exceso de crédito y de consumo.

Extrañamente, no creo que nada de esto hubiese sorprendido demasiado a Horacio. Él también percibía una crisis de valores en medio de lo que parecía una época de paz y abundancia.

Al final las guerras civiles, un periodo de un caos sangriento e inimaginable, han concluido. Los principales enemigos exteriores han quedado derrotados. Ya no hay límites, ni de espacio ni de tiempo. De arriba nos llega la noticia de que la historia ha terminado (según la versión de Francis Fukuyama) o «el dominio sin fin es el regalo que te doy» (palabras de Júpiter a Eneas en el Libro 1 de la *Eneida* de Virgilio). El imperio ha amanecido; ha salido un sol que no se pone.

Y sin embargo, justo en este momento de supremo triunfo temporal, llegan oscuros rumores de derrota. En el extranjero hay legiones perdidas. Osados ataques amenazan la inexpugnable capital. La inmensa riqueza material resulta extrañamente contraproducente; incluso parece consumirse a sí misma. Los moradores de la ciudad están ensordecidos por el ruido, sofocados por la contaminación. Incluso los peces en el océano sienten que su entorno se contrae, amontonados en piscifactorías de cemento que extienden el dominio humano hacia las profundidades sin dueño.

El tiempo de Horacio y el nuestro están ligados por una curiosa sensación de vacío en el mismísimo corazón de una prosperidad sin parangón. Los antiguos dioses han abandonado la ciudad, justo cuando más se necesitaba su guía. Rodeados de rascacielos o palacios, hartos de exquisiteces y entretenimientos, la gente se siente a la deriva, sin amarras. Aunque se ha establecido un orden político relativamente pacífico, existe una profunda crisis de valores que amenaza con socavar ese orden.

Hace mucho tiempo que nadie que sea sofisticado se toma demasiado en serio a los viejos dioses, la antigua religión o las virtudes arcaicas de la frugalidad y la sencillez. Dios se ha convertido en dinero, y el dinero tiene unos poderes asombrosos: ninguna puerta ni guardián puede detenerlo; puede sobornar y



destruir estados. Pero para la sensibilidad más aguda de la época el propio materialismo, que parecía tan sólido, se revela un falso dios. La riqueza creciente no hace otra cosa que alimentar un hambre insaciable de más, la desoladora sensación de que siempre falta algo.

Horacio se hacía también, igual que nosotros, estas preguntas: ¿qué es exactamente este nuevo dominio, imperio o nuevo orden global? ¿Puede ofrecer paz y prosperidad ilimitadas, extendiéndose hacia delante, hacia los infinitos horizontes del tiempo, o consiste solo en una eficiencia sin alma, un instrumentalismo que lo convierte todo en medios para alcanzar un fin, mientras que el fin mismo se pierde por el camino? En cuyo caso, ¿no sería la mayor pérdida y pobreza la del tiempo mismo, el momento vivido y viviente, el día, que es el don que nos hacen los dioses, pero que siempre acaba sacrificado por un mañana más glorioso?

La respuesta de Horacio a la vida en esos tiempos de poder global amenazado por su propio vacío interior de valores, no demasiado distintos de nuestro tiempo de capitalismo global, en el cual no se reconoce ningún valor aparte del monetario, era oponerse. La obra vital que se impuso, escribir un corpus de poesía lírica latina en metro griego, podría ser contemplado como algo absolutamente inútil. Aunque consiguió convencerse a sí mismo de que el nuevo orden de Augusto era benigno, despotricaba contra la plutocracia y se declaraba del lado de los que tenían poco, reconociendo sin embargo que estaba comprometido, y era amigo de hombres ricos, igual que pobres.

Insistía en el provecho que se podía conseguir admitiendo los límites ineludibles: el límite de la vida humana, la sensatez de contentarse «con lo que es bastante», más que la inquieta búsqueda de algo más; la felicidad de residir en un sitio pepe-

tuo y querido, en lugar de estar constantemente en movimiento, pero sin escapar nunca a lo que no puedes dejar atrás, que eres tú mismo.

Los consejos de Horacio a la gente de la «jet-set» vienen al final de su epístola en verso a Bullatio: «Puedes cambiar el color del cielo, no el color de tu mente / Volando por encima de los océanos; una especie de ociosidad atareada nos desgasta / Creemos que la mejor forma de vivir es comprarnos un yate o un todoterreno / Todo lo que necesitas está aquí, en Villabajo, si tu mente está sana».

Al final llamaron a mi vuelo. Guardé el pequeño y destrozado libro en su sitio habitual, en el bolsillo de mi mochila, y me dirigí a la puerta de embarque. Me pregunto si no estaré hinchando el valor del libro, atribuyéndole más cosas de las que puede soportar. Pero el libro y su autor nunca dijeron que podían resolver ningún desafío práctico importante, como suministrar agua a un valle o levantar cientos de toneladas de metal por el aire, a ocho mil metros de altura.

Lo que yo llevo en mi mochila, mientras me dirijo por la pasarela hacia la maravilla de la tecnología moderna que me transportará (eso espero) por encima de mares y montañas, es solo un resto de una civilización desaparecida hace largo tiempo. Pero también es un resto mágico, como espero que demuestre este libro, igual y opuesto a los residuos nucleares que seguirán siendo tóxicos durante mil años.

Horacio es el más astuto de los clásicos, capaz de sobrevivir en forma fragmentaria. Inventó algunas de las frases más expresivas acuñadas jamás. Las frases de Horacio, sus versos y sus poemas han permanecido, creo, porque son lo contrario de lo prefabricado y lo simplista. Sus palabras están unidas con una carpintería o una albañilería tan astuta y precisa que nada puede

separarlas. Sílabas, sonidos, ritmos, están unidos entre sí con una fuerza que ni siquiera los terremotos podrían separar.

Y no son solo decorativas. Horacio dijo una vez que la poesía debe ser dulce y útil. O incluso cierta.

El poeta horaciano español Antonio Machado definía la poesía como «unas pocas palabras verdaderas», una definición que parece minimalista, incluso desesperada, hasta que reflexionas y piensas en lo que pueden conseguir unas pocas palabras. Pueden ayudarnos a encontrar nuestro camino, mantenernos en la dirección correcta, en un mundo y un universo que parece cada vez más vasto y más desconcertante, pero ya no navegable, a medida que va proliferando el conocimiento sin sabiduría. Al menos a mí me han ayudado a mantener el rumbo y a seguir en la dirección correcta. Y ahora espero que me acompañen a Turín y más allá.